

Rouso Fiamo. Su viaje, a la postre, quizás no resulte inútil. Es preciso no perder cabo, y más, descubierta por mí la marca de los bohemios en casa de Odette; *regalo ofrecido por Hubert...* Y ahora voy a interrogar a Estefanía. Hay mucho que averiguar por esta parte. He pedido a Juan veinticuatro horas para salvar a Odette, si aún hay tiempo.

CAPÍTULO XI

EN EL CUAL ROULETABILLE EXPRESA CONCRETAMENTE SU
OPINIÓN ACERCA DEL ASESINO

CON fecha de 27 de mayo. *Cuaderno de Rouletabille*. Ya sospechaba que Estefanía sabía mucho más de lo que me dijo. Acabé por arrancarle la confesión de que el mes pasado acompañó a Odette en las numerosas escapadas que hizo al bosque de Lavardens, en el cual, a hurtadillas, se entrevistaba con un raro personaje, con el cual, en cierta ocasión, su padre, el señor de Lavardens, la vió con harta asombro suyo. Trátase de una vieja que no es del país, que vive como salvaje, alejada de todo el mundo, y tiene su albergue en no sé qué madriguera.

Odette dijo confidencialmente a Estefanía que sentía conmiseración por esa mujer, que gustosa le hacía alguna limosna, correspondida por la vieja con una especie de adoración a su protectora. Frecuentemente esta vieja le decía la buenaventura, le predecía altos destinos, de

los cuales la joven se reía a carcajadas. También quiso decir la buenaventura a Estefanía; pero Estefanía, que es muy supersticiosa y cree en maleficios, se opuso a ello siempre. Tampoco pudo comprender, pues la vieja tenía espantosa facha, que su joven ama pudiera gustar de la compañía de esta bruja, que se llamaba, según decía, Zina.

Por la descripción que me hace Estefanía, Zina debe de ser bohemía. Solían casi siempre verse entre Lavardens y Albaron, cerca de la encrucijada de La Fuente. Ahora bien; yo he logrado precisar que el auto en el cual se llevaron a Odette se dirigió a Albaron y no se le vió más allá de Albaron. Siento que ando cerca de la llama y que la red de mis pesquisas va envolviendo a los principales personajes que intervinieron en el drama.

¿Cuál ha sido el papel de Hubert en el rapto de Odette? Este es el problema. ¿Sabe dónde se halla la joven? Es posible que lo sepa, y así lo deseo, pero no estoy muy seguro de ello. ¿La ataron él y Calixta y así se la llevaron? La creencia en su complicidad brotó en mí en cuanto descubrí entre él y los bohemios ese punto de contacto delatado por la joya que ofreció a Odette, pero no me seduce esta idea. Me era tan precisa (y se adaptaba tan bien a mi sistema) que no podía aceptarla saltando por encima de todo espíritu crítico. En efecto: por este lado nada se comprueba. Los bohemios pudieron, para llevar a cabo su propósito, pasar por la propiedad de Hubert sin estar en connivencia con éste. Les

era mucho más fácil, en efecto, pasar por esa propiedad al *Viei-Caston-Nou* que penetrar directamente en el parque de Lavardens, defendida, como tiene éste, por altos muros, la parte recayente a la campiña. Y, además, si Calixta, ayudada de Andrés, dió el golpe, tuvo bien en cuenta las amenazas que públicamente profiriera Hubert para desviar las sospechas hacia la cabeza de éste.

Es muy difícil desembrollar el enredo por este lado, ya que Hubert es capaz de todo. ¿Sabía que se apoderaban de Odette, mientras él se enzarzaba con el señor de Lavardens? Nada pude leer en su diabólica faz, sesgada con fiero rictus, cuando Juan le habló de Odette, y *tanto menos comprendí cuando su mirada era a mí a quien se dirigía...*

Cuaderno de Rouletabille: 27 de mayo, a las diez de la noche.

Acontecimiento transcendental. He obligado a Esteve a que me acompañase a Albaron en las primeras horas de la tarde. De allí, subimos hacia Lavardens y nos internamos en el bosque. Tengo aterrorizada a Esteve. A cada momento la amenazo con denunciarla como cómplice del asesinato del señor de Lavardens. Me ha llevado a los diferentes parajes en que Odette solía entrevistarse con Zina.

Hallándonos en la plazoleta de *la Font*, oí a mis espaldas bullicioso vaivén del ramaje. Salté hacia la maleza. *Demasiadas cosas se mueven en torno mío desde que es-*

toy en Camargue: bien quisiera ver su facha. Empuñé el revólver. Estaba decidido a todo *para saber...*

Pero reinó de nuevo profundo silencio y en vano busqué la huella de la persona que hacía un momento andaba entre la maleza...; no descubrí absolutamente nada. Y, sin embargo, tan rápidamente me volví, que pude aún ver cómo el ramaje se abría y de nuevo se cerraba...: sacudí las ramas, examiné los árboles del pie a la copa... Nada; y, sin embargo, mi sensación no fué sueño... Estuve había oído también algo, pero no vió más que yo: «Volvamos — dijo, dando diente con diente —; tengo miedo.» Le respondí en alta voz: «Sí, volvamos: nada tenemos que hacer ya aquí»; y empezaremos a subir por estrecho atajo hacia el *Viei-Caston-Nou*.

Pero a los pocos pasos, en la primera revuelta, la detuve con el gesto y le dí a entender que era preciso estar quedos un momento y escuchar...

Súbitamente, ante nosotros surgió de nuevo el vaivén del follaje, y esta vez mi mirada se cruzó con otra; dí un brinco, gritando: «Detente, o tiro»; pero huyó entre la maleza y a fe mía que tiré. Oí un grito, una especie de gemido, y luego nada... Estuve no se movió, medio muerto de espanto... Avancé unos pasos y busqué a la persona que me había mirado y había gritado... No dí con ella ni con vestigio alguno. La tierra, blanda en aquel sitio, debió conservar la más tenue huella como retenía las mías. ¡Había para volverse loco!

Sin preocuparme de Esteve, que dejé a mis espaldas,

seguí avanzando a la ventura, cuando de pronto percibí la causa de mi espanto fugitiva ante mis ojos a locos saltos. Lancé un grito y a mi vez corrí dando brincos.

¡El osezno! Vi al punto que era el osezno de Calixta.

Tras él me interné en el soto y vi cómo desaparecía entre el ramaje, metiéndose en una cueva tallada en la roca. Le seguí y me hallé al punto ante una, al parecer, guarida troglodítica, que merced a unas tablas, creaba la ilusión o suscitaba el recuerdo de una habitación humana. Henchíala densa penumbra y a duras penas pude al cabo de un rato discernir algunos objetos insignificantes: un lecho, un taburete y el hogar con visibles señales de fuego recién apagado.

En fin, algo se movía en el fondo lanzando un gemido que yo conocía bien. ¡Era el osezno! ¡Era *Balogard!*, como Calixta le llamaba con esta palabra bohemia que significa «el ladrón». Avancé hacia él, hablándole con afecto. Temí haberle herido, pero afortunadamente nada tenía y me acogió bastante bien, aunque nunca fuimos muy amigos en la vida civilizada... Observé que Balogard se había revuelto sobre prendas que no me eran desconocidas. Allí estaba la guardiarropía parisién de Calixta. Su traje de terciopelo de topo con guarniciones de castor. Deduje que, al menos por el momento, Calixta había vuelto a su vida bohemia y no me costó gran trabajo imaginar que me hallaba en la guarida de Zina, a la que condujeron primero a la joven Odette. ¿Qué drama había ocurrido allí entre Calixta, la pobre niña y la vieja Zina?

Las notas de Rouletabille no dicen más con relación a este día. Sin embargo, aquella tarde, a las seis poco más o menos, ocurrió en Lavardens una de las escenas más importantes, acerca de la cual no hallamos la menor alusión en el cuaderno del repórter. La Sala volvió a reunirse en el lugar del crimen para ampliar la indagatoria e hizo traer a Hubert al *Viei-Caston Nou*.

Rouletabille llegó cuando se interrogaba de nuevo a éste en el mismo sitio donde se encontró el cadáver del señor de Lavardens. El tío Javán estaba allí presente.

Después de reparar en los circunstancias, el repórter preguntó directamente a Hubert.

—Sé—le dijo—quién ha raptado a Odette, y usted también lo sabe.

Hubert se echó a reír de modo siniestro y dijo asintiendo:

—Ya lo creo que lo sé; *aunque no tan bien como usted.*

—El señor de Sautierne anda tras la pista de *Lou Rousso Fiamo*—continuó diciendo Rouletabille con voz súbitamente alterada—; diga usted toda la verdad y podrá usted aún zafarse de este asunto.

—*Será mejor*—redarguyó Hubert—*ir tras la pista de Olajai... de Olajai, que pasó por aquí veinticuatro horas antes que usted.*

—No sé lo que quiere usted decir—repuso Rouletabille palideciendo.

—¡Oh! sí, señor, sí; usted me comprende perfectamente.

Y continuó riéndose con sorna y alzando los hombros.

El juez, harto ya, exclamó:

—¡He aquí un conciliábulo insoportable! Y la conducta de usted, señor—dijo volviéndose hacia Rouletabille—, no tiene excusa. Se complace usted, al parecer, en hacer imposible, cuando no ridícula, nuestra tarea. Dice usted que sabe quién ha raptado a la señorita de Lavardens. Pues bien; su deber es denunciarnoslo.

—¿Nombrarle a usted los culpables?—replicó Rouletabille, recuperada toda su calma. No, señor Coussillat... no quiero que los «marre».

—¡Señor!

—Prefiero, señor, traérselos atados de pies y manos, y esto se lo prometo a usted.

—¡Jactancia!—repuso el juez de instrucción visiblemente exasperado—. Jactancia como los artículos que usted ha teleografiado a París y que acabamos de leer. Manía de apostar... ¿Por qué sostiene usted que no capturaremos nunca al asesino? ¿Usted lo conoce? ¿Puede darnos un atisbo? ¿Es moreno? ¿Es rubio? ¿Es gordo? ¿Es delgado?...

—Delgado, señor—respondió Rouletabille sin pestañear—, ¡delgado como un clavo!

CAPITULO XII

ROULETABILLE, AL ACECHO

CUADERNO *de Rouletabille*.—Este Hubert es un infame bobalicón. Su actitud durante el último interrogatorio me dejó hecho de piedra. A ratos no veía nada, ni siquiera reparé en que Juan estaba detrás de mí y mirándome. Debía ser muy singular mi facha. Recuperé los bríos y contesté al juez como convenía *por el momento*. Entonces advertí la cara que ponía Juan.

Cuando se llevaron a Hubert y el juez de instrucción señor Crousillat y su inenarrable escribano señor Bartholasse, literalmente rabiosos contra mí, salieron del *Vieil-Caston-Nou* cerrando con ímpetu las puertas, me acerqué a Juan y le pregunté noticias acerca de su viaje a Beaucaire. Me contestó, mirándome de modo raro, que había visto a *Rouso Fiamo* y que este modelo de «guardas» no se había separado de sus bestias durante el período del drama.

—Pues bien—le repuse—, ¿continúas persuadido de que Hubert es el autor del crimen?

—Y tú—me replicó—¿sigues convencido de lo contrario?

Le respondí que por el momento era imposible afirmar ni negar su complicidad. Entonces me lanzó en tono de desaliento, sin duda excusable, pero que me *desgarró el corazón*:

—En fin, ¿sabes o no dónde está Odette?

—Si lo supiera, estaría ya aquí.

Me miró como a un enemigo, cerró los puños y se libró de mí como de persona cuya presencia se ha hecho ya insoportable.

En este pasaje del cuaderno hay una media docena de líneas muy tachadas, como si se hubiera querido que nada quedase de ellas. Sin embargo, puede adivinarse más que distinguir, bajo la capa de la tachadura, tres palabras que hemos ya destacado: *querida, adorada Odette*, y a continuación de estas líneas tachadas, la siguiente reflexión:

«Tengo aquí muchos enemigos, y el peor acaba de presentarse; *¡es la sospecha!*, la sospecha que primero me espiaba de lejos y acaba de cernerse sobre mí con sus ojos helados, incapaces de reflejar por muy abiertos que estén, sobre los objetos exteriores más que la misma sospecha que los anima...»

Pero yo he reparado en otras... No nos impresionemos... No es el momento de...

Rouletabille pensó con lógica que si Calixta había de volver a la choza de la vieja Zina para recoger sus vestidos, no se arriesgaría a tales andanzas sino de noche. Y he aquí lo que relata el cuaderno en punto a este acecho:

Serían las diez cuando Calixta, en traje de bohemia, apareció en la senda que va a la guarida de la bruja. Se la reconocía perfectamente a pesar de sus pingajos. Tenía aquel aire de reina ultrajada que solía tomar en París, cuando Juan o uno de sus amigos se permitían tratarla con negligente familiaridad... Ya cerca de la roca, mansión de la Zina, se volvió bruscamente... la luz de la luna dió de lleno en su rostro, visiblemente irritado.

En alta voz, «de nuevo tú, Andrés»—dijo. Pero no fué Andrés, sino una silueta femenina lo que se dejó ver en el sendero.

Calixta fué a hundirse en la maleza, pero no tuvo tiempo; la recién llegada habló y Calixta quedó inmóvil y estupefacta.

Oí que dijo:

—Señora de Meyrens.

Era, en efecto, *El Pulpo* la que se acercaba.

—¿Cómo usted aquí?—preguntó anhelante Calixta—, ¿qué le trae?

—Verla a usted—respondió la señora de Meyrens—. ¡Ah!, no sabe usted la que la he buscado. Olajai es el que ha poco me dijo que podría quizás hallarla a usted en la choza de Zina, y me guió hasta aquí...

—¡Olajai!—susurró Calixta furiosa—; ¿dónde está? Es preciso que le hable.

—¡Oh!, no le verá usted más en Camargue; no quiere arriesgarse a sufrir su cólera. Pero yo le he prometido que apaciguaría a usted... Calixta, ¿somos o no somos dos buenas amigas?

Dicho esto, penetran ambas en la cabaña de Zina. A los diez minutos salen, puestas, al parecer, de perfecto acuerdo. Calixta llevaba en las manos un lío (supuse que era su ropa).

La bohemia iba diciendo a *El Pulpo*:

—No... no me pregunte usted más... Ya nos volveremos a ver. Por ahora le he dicho cuanto podía decirle. Esté ya para siempre tranquila como lo estoy yo: *ni su Rouletabille ni mi Juan verán ya más a esta Odette*.

—Yo no puedo tranquilizarme—expuso ferozmente *El Pulpo*—, si usted no me dice que esa mujer acabó.

Entonces Calixta levantó los hombros y repuso con siniestra mofa:

—La digo a usted que nadie la verá ya más.

Ambas callaron. En cuanto me percaté del silencio en la senda, dí un brinco y penetré en la cueva, desierta completamente. Ni el osezno siquiera estaba. Densa obscuridad reinaba allí dentro; afortunadamente, me traje la linterna, y a su luz me dediqué a minuciosas pesquisas, que no pude realizar en mi primera visita, malograda por extraño ruido que vino de fuera.

Calixta, tal como yo lo supuse, se había llevado su

ropa. Lo que yo perseguía no era precisamente este o el otro objeto, sino la huella del drama mortífero quizás allí desarrollado. Las últimas palabras oídas de la propia boca de Calixta me llenaron el corazón de espanto. Todo podía esperarse de una mujer de tal fuste: «*Ni Rouletabille ni mi Juan verán ya más a esta Odette*.»

No me costó gran trabajo ¡ay! hallar en torno mío huellas de la lucha, de la resistencia indudable y hasta desesperada repentinamente fenecida. Como andaba a gatas, cerca del hogar mi mano se mojó en un pequeño charco obscuro, rielante a la luz de mi lámpara. Sangre, y en el charco de sangre un cuchillo. ¡Habían matado a Odette!

¡Ah! Entonces no pude contener un grito de rabia y fuertes sollozos conmovieron mi pecho.

Pero de pronto rompí a reír a carcajadas salvajes, insensatas... Lo que tomé por sangre era sencillamente tinta.

Y descubrí, además, junto al taburete volcado, un tintero roto y una pluma vieja hecha trizas... Ahora comprendía el intencionado silencio de Calixta como contestación a algunas preguntas de *El Pulpo*..., y salté de alegría. No, no; nada había perdido. No había sangre en el suelo y el cuchillo estaba sólo empapado en tinta. Y de haber matado a Odette, ningún sitio más propicio que aquél, pues les ofrecía cuanto necesitaban: el cuchillo y el silencio.

¡Ah! ¡La valiente Odette! ¿Qué intentaron que escribiera? ¿Y que firmara? Pero no se veía rastro de sangre en

parte alguna. No la transportaron, pues, cadáver a la carreta cuyas huellas vi cerca de la choza y reaparecen uniendo la carretera de Arlés con Santas Marías, en donde se esfuman confundidas con las de otros cien carromatos en dirección a los cuatro puntos cardinales del planeta. ¿He hecho bien o he hecho mal en no espolear a los magistrados a husmear de todos los bohemios procedentes de Santas Marías? ¿Quién ponderará nunca bastante el espanto de tal responsabilidad? Pero ¿no equivalía esto a advertir a los fugitivos que su crimen se había descubierto, cuando lo conveniente era sorprenderlos? Con su astucia milenaria, apelarian a sus inagotables recursos para no entregarnos a Odette. ¿No debí tener en cuenta que el golpe se dió, sin duda, horas antes de nuestra llegada a Lavardens, y que esos miserables, por tanto, dispusieron de sobrado tiempo para urdir la coartada? No, no. Razón tuve para no entregarme a una problemática persecución, indudablemente prevista por los raptos. Por Calixta debía recuperar a Odette *si aún había tiempo*. Y lo había, pues vivía Odette. Pero Calixta se esforzó cuanto pudo en hacer creer a *El Pulpo* en su muerte. ¡Ah! ¡*El Pulpo*!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CAPITULO XIII do. 1625 MONTERREY, MEXICO

EXPLICACIONES

TRANSPORTADO de júbilo, que quiso al punto comunicar a Juan, Rouletabille se apresuró a ir al castillo. Halló a su amigo allí, echado en un canapé, durmiendo, vestido, agitado sueño en constante pesadilla.

Se despertó bruscamente.

—¡Odette vive!, estoy de ello seguro.

Juan le miró huraño.

—Si de ello estás tan seguro, ¿por qué no nos la traes?

Rouletabille oyó la frase sin inmutarse; se sentó al lado de Juan y, asiéndole de las manos, le dijo:

—Veo que las palabras de Hubert te impresionaron mucho ayer tarde. Ahora, ya no es Hubert el miserable, sino yo. Vamos, Juan, mírame y dime todo lo que encierra tu corazón.

Juan no pudo contener las lágrimas.

—Perdí la cabeza, es cierto—repuso—; perdóname, ya